

## El milagro de los Reyes Magos

*(Esta leyenda la escuché yo –José Marín Tortosa–  
siendo niño de labios de un hombre barbudo que solía  
recorrer los pueblos por aquel entonces contando  
historias sobre la noche del cinco de enero, cuando  
llegan los Reyes Magos)*

En un poblet mu pequeñín, entre montañas, que bien podría haber sido el nuestro, una vez pasá la Navidá, los chiquetes esperaban con desespero qu' allegaran los Reyes Magos que, una vez que vían recibido sus cartas, lis trairían los regalos que les habían pedido en ellas si vían sido buenos pos, a los que no lo vían sido, sólo lis dejaban carbonilla.

Los pajes qu' eran los que tenían la faeneta de llevar lo que los Magos d'Oriente traían a los críos, siempre lis preguntaban:

- *¿A ti qué te gustaría ser de mayor?*

Y la mayoría de ellos decía:

- *Yo, Rey Mago.*

Cosa que lis daba mucha alegría a sus majestades, que tornaban a sus palacios mu pagaus, hasta el año siguiente.



Un día, se'n van ajuntar en el Palacio Real los Reyes Magos y, van pensar que, si tanta elusión lis hacía a los moñacos ser como ellos, en d'habría que ver la manera de que cumplieran el deseo. Pero, ¿cómo herlo habiendo tantos crianzos en el mundo, si ellos sólo eran tres? Dispués de calentarse la cabeza y cavilar mucho, la cosa va quedar asina: si algún año, por algún empedimento, los Reyes y su acompañamiento no podían allegar a algún sitio a her su faena, serían tres chiquetes los que l'harían. Por ixo, al lau

de los juguetes que les van dejar la última Navidad a todos los menudos del mundo, para que lo supieran, les van dejar también una carta que decía:

**“Queridos niños:**

**Como nos han contado nuestros pajes vuestro deseo de ser de mayores lo que nosotros somos, queremos que éste se haga realidad. Para eso tendréis que cumplir estas condiciones:**

- 1) En casa, seréis obedientes, confiaréis en los consejos de vuestros padres y les daréis con mucha generosidad vuestro cariño a todos vuestros familiares.**
- 2) En la escuela, prestaréis atención a todo lo que os enseñen vuestros maestros, los respetaréis y seréis con vuestros compañeros buenos y leales.**
- 3) Cuando recibáis regalos, los cuidaréis con mimo, especialmente el que hayáis recibido en vuestra primera noche de reyes.**

**Con todo nuestro cariño: Melchor, Gaspar y Baltasar”**



Y van pasar los años. Los monjes tenían en su día sus obsequios o su saquito de carbón, según se vieran portar bien o mal. Los Reyes Magos, achocados en sus camellos que iban apareados con plata y oro, visitaban los pueblos y ciudades dejando, aparte de regalos y su mensaje de paz y alegría, su recaudo.

Pero va a llegar un día en que, por culpa de que el invierno en aquel poble que ha nombrado al principio, va a ser más chelau que los otros años, y la nieve no paraba de caer, con unos chuzos de punta en los tejados y en las fuentes como camiones que, por eso mismo, no se podía ir por las calles ni por los caminos de la sierra, los Reyes Magos van a tener que pensar en que su faena la tendrían que hacer tres chiquetes. Así que van a llamar a sus pajes para que, subidos en unas águilas de alas muy grandes, vayan a ver quinientos de todos los monjes del caserío iban a escoger por haber cumplido como Dios manda, lo que ellos veían pedido. Primero se lo van a preguntar a los padres, madres y abuelos. Después al maestro de la escuela del pueblo, les van a pedir a los chiquetes que

lis enseñaran su primer regalo de reyes pa ver, con el paso del tiempo, si no estaban trencaus o destripaus. Después, a lomos de sus tremendas águilas, van tornar al Palacio Real, pa dirli a los Magos lo que habían aviriguau y, conforme a lo que aquéllos lis van contar los Reyes van elegir a los tres críos que iban a ser Reyes por un día.

Y, por fin, va allegar el momento de ponerse en marcha y llevar lo nesezario al pueblo encomunicau. Ya no nevaba. Las calles del pueblo estaban tan limpias como los chorros del oro y en no se sentía ni un roídico. Sólo la luna va ser testigo del trejemeneje d' aquella noche del cuatro de enero, cuando van venir los Embajadores Reales que, lo primero que van her va ser irsendé a las casas de los chiquetes que vían seleccionau pa poner en sus camicas la mudá que lluirían la noche del día después, cuando iban a ser los tres Reyes Magos d'Oriente por un milagro del Cielo.

Dispués d'allegar los embajadores, los pajes van poner las arcas con los regalos en la sagristía de la iglesia, al laíco d'un belén maravilloso. Tamién van traer tres sillones de terciopelo colorau que van poner en el atrio pa servir d'asiento a *Sus Majestades*. Y to estaba vegilau y custodiau por la Guardia Real.

Va amanecer el cinco de enero con los pajaricos piulando y cantando. El sol, va brillar como nunca, dispués d'asomarse por los lomos nevaus de los montes picudos

porque quería, con ixa luz tan preciosa, her homenaje al milagro d'aquel día. Al cuarto de los tres chiquetes va allegar la música de la diana a base de cherimías. Y una voz mu dolseta los va despertar:

- *¡Venga, levantaos! Hoy se cumple vuestro sueño: vais a ser Reyes Magos.*

Cuando los moñacos abrieron los ojos, van ver parte del milagro: uno en tenía a los pies de su cama una corona que relucía, una bata larga dorá, una capa de terciopelo azul rematá con armiño blanco y unas albarquetas adornás con piedras preciosas. El segundo encontró al lau de su corona, otra bata larga verde, la capa de terciopelo granate tamién con armiño y unas espardeñetas mu bonicas. El tercero, va recibir un turbante de seda con una turquesa mu gorda en el medio, su bata larga era blanca, su capa de terciopelo negro y, pa calzarse li vían dejau unas botetas finas de cabretilla. Pero el milagro se'n va her realidá cuando, ca uno d'ellos se va vestir con aquellos vistosos trajes: mientras las telas los iban cubriendo, sus corpetes van dejar de ser lo qu' eran y se'n van convertir en hombres altos y fuertes. Lis va crecer el pelo y la barba: de color dorau al primero, blanco al segundo y negro como el carbón al tercero, que tamién va ver cómo su piel se'n tornaba oscura. Como estrellicas cáfdas del cielo, lis brillaban los ojos en aquel día tan especial: ya no eran tres críos d'un caserío perdido entre las montañas, ahora eran de veras los Reyes Magos. Su obligación, por desconta: her bien el papel y llevar la felicidad a tos sus vecinicos, en aquella noche que nunca iban a olvidar por muchos años que'n vevieran.



En tres caballos blancos bien templaus, van salir pa la iglesia y, al pasar el Cortejo Real los chiquetes arreaban detrás d'ellos, azumiéndoselis con una mescla d'elusión y empacencia. Cuando por fin *Sus Majestades* se'n van achocar en sus tronos, después d'her sus presentes al Niño Jesús, to se'n va quedar en silencio. Entonces, los pajes van empezar a llamar a los moñacos, uno detrás de otro, pa darles el premio que se merecían, después de tanto tiempo.

Y va allegar tamién el momento en que chiquetes y mayores se'n van ir a sus casas, cansaícos tos por tantas emociones. Los tres reyes-niños van her lo mirmo y, mu pronto van caer rendidos en sus camicas con un sueño mu pesau. Mientras, los pajes arretiraban las ricas mudás de sus cuartos y van salir d'aquel lugar espatarraus en las alas de sus águilas pa irse mu largo: hasta el palacio onde los Reyes Magos de verdá, los esperaban.

Al otro día, denguno de los tres críanzos s'acordaba de to lo que vía pasau la noche antes. En sus cuarticos chiquitines, uno en tenía una bicicleta mu maja, el otro un parchís con muchos colorines y, el tercero varios libros. A más, al laíco de sus almohás, escrito en letras dorás, van ver un hermoso cuento qu' hablaba d'una cosa que vía pasau hace muchos, muchísimos años en la milagrosa noche d'un cinco d'enero.

